—Supongo que habrá habido mucha gente.

A lo cual, otra voz anhelosa, que yo creí reconocer por la de nuestra Juliana, respondió:

—Toda la ciudad; no se ha visto nunca nada parecido. La Audiencia, el Juzgado, el Obispo con su servidumbre, los militares, los abogados, los condes, los marqueses... ¿Y señoras? ¿Y pobres? ¡Ah, lo que es pobres!... De tanto como he corrido, llorado y relatado, porque todos querían saberlo todo, estoy con la cabeza trastornada...¿Y nuestro pobre chiquitin Juanito? ¿Al fin ha vuelto en sí? El Sr. Olivier tiene miedo que le dé yo no sé qué... las enfermedades de ahora tienen unos nombres tan enrevesados... ¡Ah! cuando la desgracia se mete en una casa, fácilmente se ve cómo empieza; pero cómo va á concluir nadie lo sabe.....Yo queria verle.

—La señora ha prohibido entrar, replicó la criada muy alto.

Pero añadió más bajito:

—Por causa de este diablo tentador, que le volveria los sesos. Dá la vuelta por la otra puerta, si quieres.

Hacia ya rato que el diablo tentador, de que hablaba la criada, es decir, mi antigua enemiga María, no habia hecho ningun estropicio; pero en aquel instante lanzó un rugido de fierecilla enjaulada.

—¡Bien te oigo, dijo; y mientes! ¡Hace ya más de una hora que estoy juiciosa! Y ya que esto no sirve de nada, ahora vas á ver lo que es bueno.

María debió pegar alguno, porque sonó el ruido de una bofetada, y dijo inmediatamente:

—Entra, Juliana; yo te doy permiso.

Y la puerta se abrió con violencia.

María se precipitó la primera; pero se detuvo toda cortada á los tres pasos, y se quedó mirándome. La abuela, que se levantó azorada, dejando caer á un lado las tijeras, al otro el dedal, y pisando la costura, tomó una actitud de severa majestad delante de María; pero ésta no la hizo caso, sino que dirijiéndose á mí me dijo:

—Juliana quería verte... No era cosa de impedirla el entrar á ver á su señorito, ¿no es verdad? Yo por mí me voy á ir.

Era María una niña bastante alta para su edad, y más bien fea que guapa, á pesar de tener unos ojos excelentes. Despues llegó á ser muy hermosa. Y eso que hermosa, hermosa, yo no sé... encantadora es más bien lo que quería decir. Por entonces había en toda su fisonomía no sé qué de anguloso y de duro, que era casi estravagante, pero nada desgraciado. Tenía, por lo demás, rasgos de primer órden y todo el atractivo de un boceto.

De ordinario no había nada capaz de detenerla; si se había mostrado tímida aquel día al entrar en mi cuarto, y como sobrecogida, era porque mi desgracia la subyugaba.

A su génio diabólico le era necesario la resistencia, y enfrente de mí, quebrantado como estaba, se tornaba en ángel impensadamente. Pero no sabía hacer este papel. era un cordero que conservaba un poquito de aire de lobo.

Por más que había dicho: "Yo me voy á ir," no se movía, y fijaba los ojos en mí con una compasión tan intensa, que me hacía daño. Mientras tanto había entrado Juliana; pero en lugar de venir hácia mí hizo una pro funda reverencia á la abuela, levantando una punta del

delantal, y la dijo, no sin cierta dignidad: La familia la está á Vd. muy agradecida por su bondad para con el chiquito, señora de Moy; no nos debía Vd. nada.

Despues, sin transición, y dando rienda suelta á su voz penetrante, añadió:

—¡Pero la gente que había! ¡Si el pobre señor hubiera podido ver esto! Ha sido un entierro como el del señor Obispo, con los tambores enlutados y todo... como que tenía la cruz de honor. Los jueces, los escribanos, los alguaciles, los procuradores... ésto, á la verdad, no tenía nada de extraño, porque era allá de entre ellos; ¡pero todo el mercado, toda la pescadería!... ¡Y los señores curas de las otras parroquias, y las comunidades, y el gobernador, y el general, y el recaudador de propiedades!... El cambista de enfrente decía: "Por qué toda esta muchedumbre detrás de un hombre que no tenía ni un cuarto?" Yo le respondí: "¿Qué no tenía un cuarto? Por de pronto nunca le ha ido á pedir á Vd. nada prestodo, tio Judas, ¿eh? Y luego átesela Vd. al dedo para despues: aquí van todos aquellos á quienes nadie verá de seguro ir detrás de su caja de Vd. cuando caiga á lo profundo del paraíso de los avaros, que está lo ménos cinco estados de tierra por debajo de la bodega de casa." No hizo más que cerrar el pico el grandísimo Roboam, como puede Vd. figurarse. ¡Que no tenía un cuarto! Lo cierto es que nuestros ochavos valen tanto como los escudos de los otros; y luego, como él era un hijo de la clase del pueblo, hasta las piedras, todo á lo largo de la calle, rogaban por él y se dolian. ¡Y las señoras que lloraban! ¡Y el señor cura que había que sostenerle medio en brazos! ¡Y el doctor Olivier, que tenía una traza de

difunto!... Todo lo he visto; ¿y quién tendría mejor derecho que yo para verlo todo? ¡Veinticinco años que hace que les sirvo! Así es que me hicieron sitio en el cementerio y pude llegar hasta la misma sepultura. No tenía yo más que decir: soy Juliana, la de casa, y ya me dejaban pasar. Cuando el Sr. Jamond concluyó de leer las oraciones, dijo: "¡Adios, adios, gran corazón, ruega por nosotros!" Y cayo en brazos de sus vicarios, que lloraban como Magdalenas; y el doctor estaba arrodillado en el barro; los señores curas no se desdeñaron de levantarle, quiero decir, al doctor, por más que no sea de su cuerda... Y yo no sé cómo he vuelto, porque todo el mundo me quería tocar y hablar tan de cerca, que ni siquiera me dejaban coger el delantal para limpiarme los ojos. ¡Ah, señora, cómo le querían! Parece como si la ciudad hubiera perdido el padre de todos... Porque si no tenía miles ó millones, como tantos otros, contaba con el respeto y el cariño de todos, bastante para contentar á veinte ricos y á todo su orgullo; y ésto es una cosa que no se puede comprar con todo el oro de la tierra...

Decía Juliana todas estas cosas muy de prisa y sin pararse á tomar aliento; los cabellos entre canos se la salían desgreñados por debajo de la enorme cófia, y traía los ojos abotargados de los restregones que les daba con el delantal á cada instante. Aparentaba asimismo cierto aire de cólera: contra quién, yo no lo sé; pero la señora de Moy, que se consideraba ya como rica, tomó la cosa para sí, y dijo secamente;

—Es menester que haya personas acomodadas para que socorran á los desgraciados, hija mia.

No sé yo lo que hubiera respondido nuestra Juliana,

porque María no la dejó tiempo de desplegar los lábios poniéndose de un salto junto á su abuela, y diciéndola:

—Tú, sí, tú eres buena, muy buena; pero es cosa fácil el dar cuando lo hay. En el convento dicen que los padres de Juanito no tienen nada, y dán, sin embargo, como si tuvieran. ¡Eso sí que es lo bueno!

Juliana la levantó en brazos, comiéndosela á besos; pero enternecida y todo como estaba, refunfuñó:

—¡Se cortan unos vestidos en ese convento! Nuestras dos señoritas han estado allá; pero nadie, que yo sepa, ha venido á ver lo que hay y lo que no hay en nuestra casa. Se vive de lo que se come, en casa como afuera, y lo que se come se paga.

La señora de Moy, lejos de enfadarse, sonrió á Juliana y estrechó á la niña contra su corazón.

—Tienes razón tú, querida mia,—la dijo,—y Juliana también; los padres de Juanito están más cerca de Diós que nosotros.

—¡Oh! Lo que toca á eso,—exclamó Juliana, que no quería quedarse atrás en punto á cortesía,—yo no he querido rebajar á ustedes en nada, ni decir que no tendrán ustedes acompañamiento en su entierro cuando llegue el caso; yo misma, que hablo, prometo desde luego ir como vecina. Señora, ustedes son muy buenos.

Al fin Juliana vino hasta mi cama; María la seguía muy de cerca, de puntillas por no hacer ruido y conteniendo la respiración cuanto podía, y me miraba con aquellos ojos tan grandes como eran. ¿Es posible que aquellos ojos estuviesen tan á menudo llenos de malicia y cólera?

—¡Ah, señorito, me dijo Juliana; la cosa no va tan bien como usted quisiera seguramente!

Y añadio volviéndose hácia la abuela:

—Dá lástima el verle.

—Cállate, la dijo María, cuando yo estaba mala y se compadecían de mí allí al rededor de mi cama, me hacían sufrir el doble y tenía miedo de morirme.

¡Ah, yo por mí no tenía miedo de morirme! Lo que hice fué echar los brazos al cuello de Juliana, y abajarla la cabeza para decirla al oido:

—¿Y mamá?

Juliana me respondió:

—Está fuerte... ¡Pobre señora!... ¡Qué mujer! Tiene más valor que todos los soldados juntos de un regimiento; el nérvio es lo que la sostiene; ella ha cuidado de todo. Se ha pasado la mañana de ayer poniendo los sobres á las esquelas de defunción. Había seis escribiendo sobre la mesa del despacho del señor: ¡él, que prohibía con tanto rigor el que nadie tocara allí! Había esquelas de luto sobre todas las mesas, sobre todas la cómodas, sobre todas las camas.

—¿Y Cárlos estaba tambien escribiendo sobres?

—No, por cierto; había ido á la alcaidía, á la iglesia y á todas partes donde había que ir. Tiene bastante sangre fría y aún de sobra. Desde que ocurrió la desgracia yo no sé si los demás le han visto llorar; yo por mí no... ¿Quieres venirte?—Sí, sí, la respondí.

Mientras Juliana me hablaba, María se había separado con una formalidad que parecía impropia de su edad, y sobre todo, de la impetuosa vehemencia de su génio. Mas aunque estaba ya tras del sillón de la señora de

Moy, y aunque Juliana había bajado la voz para dirigirme la última pregunta, María la oyó lo mismo que mi respuesta, porque dijo con un movimiento de cólera:

—¿Crees que no está bien en nuestra casa?

Afortunadamente Juliana decía al mismo tiempo que ella y en voz alta:

—El pobrecito tiene buenas ganas de volver á ver á toda su gente, y ahora ya no hay nada que lo impida.

—Pero el doctor Olivier, la replicó la anciana, ha dicho que no se podía levantar en dos ó tres días, y eso yendo la cosa bien.

María se la echó al cuello agradecida; pero yo que ardía en impaciencia por abrazar á mi madre, quise desmentir al doctor é hice un gran esfuerzo para sentarme en la cama; parecía que en lugar de carne tenía estopas en ambos brazos. Mi esfuerzo, que yo juzgaba capaz de hacerme levantar de un salto, no produjo resultado alguno; ántes bien creí que iba á volver á desmayarme: hasta tal punto me sentí desfallecido.

—¡Ah, no, no! dijo Juliana asustada; bastante tenemos con una desgracia; estáte quieto, Juanito; dirían que yo tenía la culpa si tuvieras una recaida.

Yo no sé cómo María se las arregló, pero en un instante se halló al lado de mi cama, entre Juliana y yo, y oí que me decía al oido muy bajito:

—Si es por causa mía por lo que te quieres marchar, me van á llevar al colegio á las ocho, y ya no te incomodaré. Has de estar juicioso para que te cures. ¿Te acuerdas de aquel caballo mío grande que anda? *Ese no es un juguete de niña*, ¿sabes? y en cuanto te pongas bueno será tuyo; te lo prometo.

Aquí había una alusión.

Había detrás de nuestra casa un jardincillo, ó más bien un patio, asentado sobre un viejo lienzo de mampostería, bastante ancho, resto de las murallas romanas de la ciudad. Allí era donde María tenía sus jolgorios, en extremo ruidosos, pues las ventanas del cuarto principal daban á piso llano sobre este patio. Tenía ella todos los gustos, todas las aficiones de un muchacho, y la había yo envidiado muchas veces viéndola maniobrar con un caballo grande, que se movía á torno. Las palabras que te acabo de subrayar era yo quien las había dicho por primera vez detrás de las cortinas de mi ventana un año ó dos ántes en un acceso de envidia. Recordábalo yo perfectamente, y recordaba tambien que *La Peste* (porque es preciso decirlo todo: yo llamaba entonces á María *La Peste*, y no ha habido nunca un apodo mejor aplicado) me respondió sin volver la cara á mirarme:

—¿Has acabado ya? Pues yo conozco un Juan Farina que no tiene ni juguetes de chico ni juguetes de niña. ¡Vuelve por otra!

Juliana se marchó prometiéndome que mi madre y mis hermanas bajarían á verme.

—¿Y Cárlos? la dije yo.

—¡Ah! me contestó mordiéndose los labios; Cárlos es ya un señor desde la desgracia. Todo el mundo se acercó á estrecharle la mano en la iglesia, y él tenía el talante que le era propio, lo cual no impedía que hubiera más de uno que dijera para sus botones: "El padre era un cristiano á macho y martillo; pero este Cárlos es enteramente un jesuita."

Esto me hirió mucho. Aún en las familias más piado-

sas, el nombre de jesuita por aquel tiempo solia tomarse en mal sentido. Han sido menester todos los trabajos, todos los dolores, todos los combates de nuestro siglo, para rehabilitar en su popularidad católica á esa vanguardia de heroes, que ha dado contínuamente sus más intrépidos campeones al gran ejército de la fé.

Y á no haber sido por los furiosos excesos de los *libre-mentidores*, que han sublevado la indignación en todas las almas honradas, quedaría todavía entre el común de los fieles, y aún entre el clero, alguna triste levadura de las calumnias dirigidas por el jansenismo, vergonzosamente ligado con el ateismo, contra esta órden jigante, que es el baluarte vivo de la verdad dogmática y la verdadera guardia noble de Jesucristo.

Dícese que en 1832, cuando el saqueo del palacio arzobispal de París, un elocuente escritor fué cogido por los malvados, que á vuelta de mil injurias le llamaron jesuita. "Amigos mios, les respondió, no ofendais mi modestia." Yo, que conozco al hombre, no he tenido nunca esta respuesta por un rasgo de talento. Era una convicción expresada con sencillez, un tributo rendido á la justicia, nada más. Los saqueadores hicieron con ella sin duda lo que los puercos con las margaritas.

La buena Juliana no veía tampoco mucho más allá, y no vió en ella malicia. *Jesuita* tenía para ella poco más ó ménos la misma significancia que *mojigato* para los pilluelos del instituto. ¡Ah, sí! ¡Mojigatos son esos zuavos de Diós que caminan alegres y con el pecho desnudo á la fiesta de su propio martirio!...

Cuando se fué Juliana me quedé solo con la señora de

Moy y con María, que hubiera querido parlar; pero á mí me costaba un esfuerzo terrible el pronunciar la menor palabra, y lo mismo el comprender lo que decían los otros. Estaba mucho peor que ántes de venir Juliana. Los párpados se me cerraban á pesar mío, y las palomitas del empapelado se me perdían á la extremidad de las hileras en siniestra y confusa neblina. Espiró el día, trajeron luz, y á María fué á quien se la ocurrió poner una pantalla á la lámpara para que no me hiriese los ojos.

Hizo algún ruido, sin embargo, por espacio de cinco ó seis minutos, unos minutos ántes de irse al convento. Yo no supe la causa de aquel ruido hasta la mañana siguiente, en que ví el famoso caballo que andaba, colocado á los piés de mi cama con esta dedicatoria mal escrita pero bien sentida: *Regalo de María al buen Juanito.* ¿Por qué *bueno?* Sin duda lo puso recordando el tronco que me había tirado en otra ocasión, grueso y pesado como un adoquin, de lo cual no me había yo quejado ni vengado.

Pasé el resto de la noche en la más completa postración. Mis hermanas vinieron á verme todas tres, la monja inclusive, y Cárlos tambien vino, pero no mi madre. Fuéme imposible hablar á ninguno. Hubiera tenido un gran consuelo en llorar, pero no podía. Las últimas palabras que oí fueron las del doctor Olivier, que dijo tomándome el pulso: "Este niño ha sufrido como un hombre."